

fuese de suyo complexa y oscura, pues presentaba el asunto con admirable lucidez, ya que no siempre de un modo exacto y concienzudo : cada cosa se ofrecía colocada en el lugar correspondiente : detalles prolijos, fechas, cifras, nada quedaba en olvido, y los más difíciles é intrincados problemas económicos expuestos por Pitt se antojaban demostraciones evidentes á las inteligencias vulgares. En cambio, cuando no quería ser explícito — ¿y qué hombre de Estado, hallándose al frente de los negocios, quiere serlo siempre? — poseía la facultad maravillosa de no decir nada en un lenguaje que parecía decir demasiado. Al propio tiempo era él único que pudiera *discutir un presupuesto sin valerse de notas*, y el único asimismo que, como decía Windham, pudiera *sin preparación pronunciar la más evasiva é insignificante de las oraciones... á saber : un discurso de la Corona* (1). »

(1) MACAULAY, *op. cit.*, páginas 247, 272 y 273.

CAPÍTULO III

Enrico Ferri.

El célebre abogado italiano, al consagrar un estudio á mi obra en la *Revue des Revues*, se ha dignado revelarnos, con su brío habitual, su propia psicología oratoria. — He aquí una parte de ese magnífico fragmento :

« Recuerdo que apenas hube recibido el diploma de doctor en derecho, cuando estaba en Pisa, en 1878, para hacer mis estudios de perfeccionamiento con el célebre criminalista clásico Francesco Carrara, encontré un medio muy ventajoso para « desatar el frenillo » — como se dice en Italia, — un ejercicio que no había encontrado en ningún tratado de elocuencia, pero que respondía instintivamente á la gloriosa divisa del renacimiento científico « *provando e reprovando* ».

« No pensaba en este tiempo ir á defender en el

jurado; pero — puesto que desde entonces quería conquistar, á pesar de mi heterodoxia científica, una cátedra en la Universidad — para organizar en mi cerebro la facilidad de la palabra y el orden y la claridad de la expresión, tomé la costumbre de ir todos los días á las orillas solitarias del Arno, fuera de la ciudad, para hablar en alta voz y de improviso una hora seguida, sobre un argumento sacado al azar de entre los pequeños papeles que preparaba y guardaba en la bolsa, antes de salir.

« ¡Y cuántas vulgaridades, cuántos idiotismos, cuántos absurdos, entre alguno que otro resplandor ideal, declamé yo solo — y esta es quizá la diferencia más señalada con mi vida profesional posterior — sobre la « civilización », la « justicia », el « libre albedrío », el « progreso », el « amor á la patria », la « familia », el « arrebató de las pasiones », la « defensa legítima », la *malesuada fames*, la « culpabilidad moral »!...

« En los primeros días, voz é ideas salían con trabajo, estiradas, separadas, ineficaces; pero pensaba que este ejercicio de *adestramiento* era verdaderamente precioso, tanto para la laringe como para los pulmones y el cerebro.

« Después la gimnasia de la enseñanza universitaria, comenzada desde el año siguiente en Turín, en donde yo era al mismo tiempo profesor de derecho criminal y alumno de Lombroso, no ha hecho sino aumentar más y más la resistencia

orgánica que es la base física de toda elocuencia. Gracias á esa resistencia pude, por ejemplo, hablar ocho horas seguidas, en 1886, para defender á los campesinos de Mantua acusados de excitación á la guerra civil por el solo hecho de que se habían asociado para la defensa de sus intereses económicos, y que fueron absueltos en medio del entusiasmo febril de la ciudad arrancada de su budismo artístico, por los jurados de Venecia. Pude también, en dos días, hablar once horas en el Tribunal de Lecce, en un proceso ruidoso de pretendida difamación política.

« Estos discursos de ocho y de once horas, que recuerdo aquí á los colegas que me lean, son ejemplos que deben huirse más que imitarse, y sólo la andamiada y el embrollo de los hechos del negocio pueden imponer materialmente esa espantosa extensión.

« Por lo que á mí respecta, puesto que los ejemplos vivos son el medio pedagógico más sugestivo, soy un visual-emotivo. Se sabe, en efecto, gracias á los trabajos de la escuela de Charcot, que hay muchas especies de memorias: memoria de las imágenes, de las emociones, de las ideas. No siendo las imágenes sino sensaciones despertadas, el acto de su memoria implica siempre el despertar de sensaciones y percepciones que son aferentes de la *vista*, del *oído*, del *tacto*; de manera que hay la memoria visual, la memoria auditiva y la memo-

ria motriz y otros tantos tipos psico-antropológicos correspondientes.

« Además, las diferentes memorias (imaginación, emoción, ideación) se ligan y se combinan de todas maneras, según los individuos y sus grupos profesionales y sociales.

« La imaginación tiene por fundamento la memoria; pero la memoria no le proporciona sino los materiales; ponerlos en obra depende del temperamento cerebral hereditario.

« Al derredor de ese núcleo de la memoria — motriz, auditiva ó visual — se entrelazan, con mayor ó menor predominio, la memoria de las emociones y la memoria de las ideas; esto es lo que forma el tipo psico-antropológico del visual-intelectual, del auditivo-emotivo, etc.

« Así por ejemplo, entre los artistas la memoria intelectual es con frecuencia muy débil, mientras que una de las tres memorias de las imágenes y la memoria emocional son las más de las veces muy desarrolladas.

« Mi cerebro es una especie de aparato fotográfico para las imágenes visuales, porque todas mis posesiones visuales se fijan al derredor de una radiación ó de una emoción y se encienden muy vivamente cuando quiero condensar y fijar una radiación ó una emoción en los cerebros del auditorio. Y cuando hablo, veo cerebralmente esas imágenes. Así por ejemplo, en el proceso por un terrible

accidente de ferrocarril, cuando á los abogados de la Compañía, que acusaban á las familias de los muertos y de los heridos de hacer « especulación », respondí en mi defensa que yo no sabía lo que mi dolor paternal habría podido hacer si mi hijita me hubiese sido devuelta en un montón palpitante de sangre y de lodo..., entonces veía realmente ese pequeño cuerpo, y el contagio emocional debe haber sido muy fuerte. En ese momento tuvo que suspenderse la audiencia con motivo de la agitación del público, que se levantó en la sala contra los representantes de la Compañía del ferrocarril. »

Creo útil agregar á esta página de psicología, citada por M. Ajam, algunos párrafos en que el mismo Ferri da á conocer pormenorizadamente su método de preparación oratoria. En el prefacio de su libro *Difese Penali e Studi di Giurisprudenza* (1) — cuya lectura íntegra recomiendo á los estudiantes — dice :

« Tengo la costumbre de escribir, hasta donde puedo hacerlo, todo lo que pasa en la audiencia; lectura de documentos, deposiciones de testigos..., arengas de adversarios y de colegas, preguntas ó expresiones incidentales de jurados ó jueces, etc., anotando marginalmente la impresión que, á mi juicio, haya hecho cada acto en el ánimo de los

(1) E. FERRI, *Difese Penali*. Torino, Fratelli Bocca, ed.

jurados ó de los jueces, y anotando también las respuestas de defensa que se puedan oponer á tal ó cual impresión de cargo... Y, divididas las partes principales de la defensa según la índole y el contenido de la misma causa, escribo las grandes líneas del discurso y aquellos mínimos detalles de hecho que sean esenciales, en pocas y anchas cuartillas de apuntes sinópticos, en las cuales la variedad de los lápices de colores, oportunamente dispuesta, favorece y ayuda la memoria de las cosas que deben decirse, una después de la otra. — En cuanto á la forma, creo que *confiarse á la improvisación hace más viva, palpitante y eficaz la palabra*. Es preciso haber pensado primero en cada una de las partes de la defensa: en la idea que formará el exordio, en la que servirá de final, y en la cadena de los argumentos, los de réplica á la acusación en primer lugar y los de defensa luego. — Pero la expresión verbal de estas ideas (excepto alguna frase más típica y apropiada al caso), *creo que debe dejarse absolutamente á la improvisación*, cuando el cerebro caldeado por el propio trabajo despide fulgores más luminosos que no las frases fríamente destiladas en el escritorio, lejos de la atmósfera vibrante del público y de los jueces. — Y esta improvisación de la forma, — que yo comencé siempre en tono humilde y con voz natural, para abandonarme después á todas las variaciones de intensidad y de rapidez,

provocadas por el creciente calor del discurso y por las interrupciones, mímicas ó habladas, de los adversarios — *esta improvisación es la que nos hace alcanzar la máxima fuerza sugestiva*, porque ó en recoger y rebatir una imprevista objeción de los contrarios ó sobre todo en sorprender en la fisonomía de los oyentes la impresión en ellos despertada, podemos, ya sea pasar volando sobre un argumento que se muestra poco persuasivo, ya sea insistir, con insistencia proteiforme, en el argumento que haga más presa en el ánimo de los jueces porque ha germinado de las raíces mismas de la causa debatida. — De todas maneras — sea en la defensa, sea, y tanto más, en la réplica — es mejor emplear pocos argumentos buenos y decisivos, que no muchos, entre buenos y débiles; porque éstos paralizan en el cerebro de los oyentes el efecto de aquéllos, y cuando se dicen cosas desentrañadas de la causa ó que la atañen por irresistible asociación de ideas y de común experiencia, la fuerza sugestiva no está en el número, sino en la calidad de las cosas dichas. — Resumo todos mis recuerdos y todos mis consejos, diciendo que una defensa penal, para ser poderosa, debe ser no sólo dicha, sino también vivida, con lampos del cerebro, con palpitaciones del corazón... »

CAPÍTULO IV

Tierra fecunda en oradores es España. El idioma castellano es un idioma oratorio, de tribuna. Toda la literatura española es *elocuente*.

Reproduzco algunos retratos psico-físicos de oradores españoles, que con enérgica brevedad y profunda evocación, ha hecho el Dr. Ángel Pulido en su libro *La Emoción Oratoria* (1):

Salmerón.

« Tiene aspecto de anabaptista : alto, seco, más que pálido cetrino, buen ejemplar de tipo ario en sus ramificaciones semíticas; facciones correctas y varoniles; expresión adusta; mirada fuerte y profunda; ademán altivo, voz clara y sonora, cuerdas vocales y aparato respiratorio apropiados para los

(1) Dr. A. PULIDO, *La Emoción Oratoria*, Madrid, 1896, pags. 159 y siguientes.

grandes y sostenidos esfuerzos de la palabra; acento enérgico; entonación acre, y, como la de pocos, apta para esos espantables apóstrofes y condenaciones, que profieren violentos y solemnes sus labios, como si ellos entrañaran la encarnación austerísima de la conciencia pública... Parece enfermizo, quizá lo sea, y, sin embargo, podría competir con aquel Catón de Útica, obstinado enemigo de César, que logró, con un discurso de once horas, impedir, en día memorable, que el Senado tomase un acuerdo favorable á su rival; pues vésele, tras de largos discursos y *ardorosas improvisaciones de tres y cuatro horas*, sentarse tan fresco de fuerzas y tan claro de voz, como si nada hubiese dicho. Muy pensador, lato y conceptuoso en la doctrina; á las veces, su prolijidad y exposición, adolecen más bien de académicas que de parlamentarias; es sólido el encadenamiento de sus ideas, cuidadosa la trabazón de su lógica, y oscuros con frecuencia, por demasiado sutiles y filosóficos, sus razonamientos. Su frase facunda, distinguida, y ajustada con severidad al pensamiento, decae en ocasiones, por rebuscada, en extravagante y libre. Sin embargo, nadie le aventaja en el corte elegante y gallardo de la cláusula, la cual sale de sus labios, á menudo, tan segura, ática y tersa, que produce en el ánimo de quien le escucha ese grato arrobamiento que causa siempre el sentimiento de lo sublime. *Improvisador ex-*

traordinario, su ataque es duro, violento y agresivo, pues emplea frases tan destempladas como nadie osa decirlas. Este lenguaje, su acento, su mirada provocadora, y la rudeza de sus ataques, dichos con voz altisonante y subrayando, levantan recias tempestades, *que afronta con una serenidad pasmosa*, oponiéndoles un rostro contraído con irónica y hasta mefistofélica sonrisa, fiereza arrogante, cabeza erguida, y unos ojos negros, luminosos y muy abiertos, que clavan su mirada donde más braman los truenos, como para gozarse en su contemplación y aguardar su total desencadenamiento, á fin de, una vez calmados, recargar sobre lo mismo que tanto hiere y desata. »

Moret.

« *El más espontáneo, facundo y segurísimo en la improvisación de cuantos conocemos...* De él hemos oído decir muchas veces á Castelar que las Musas se han esmerado en dotarle de los más hermosos atributos que pueden adornar á un orador; y así es. Se parece á Lamartine. Su presencia es alta, esbelta, graciosa y de una belleza verdaderamente apolínea; su voz, el canto armonioso de una sirena; su imaginación, un campo lleno de mariposas... Sabe mucho, y de muchas materias. Lo mismo trata una cuestión sanitaria, que una económica, que una de derecho internacional; adu-

ciendo siempre textos, citas y demostraciones de una cultura enciclopédica y brillante. *Tiene la palabra más afluyente del Congreso español*, y dice con tanta serenidad, blandura y elegancia, que encanta... Cuando ha terminado, deja en el alma, como Berryer y Lamartine, una risueña y adorable sensación de dulzura, perfume y embeleso. Se ha pasado un rato delicioso escuchándole. »

Cánovas.

« Personalidad saliente y poderosa. Talento extraordinario; ilustración vasta y profunda, con especialidad en asuntos de historia; carácter enérgico y altivo; *comprensión fácil y pronta; réplica viva, clara y feliz*; razonador copioso, y disertante sereno, elocuente y de prolija dialéctica. Su frase, escogida, segura y majestuosamente dicha; su pasión, de exaltaciones comedidas y á veces de soberano desdén, se acompaña por lo común de un ademán noble y algo amanerado, revelando su preocupación mental y su inquietud física con un *tic* característico: no deja quietos los lentes en su nariz, pues los quita y pone con nervioso é inconsciente ademán, mientras mantiene su cabeza gallardamente ladeada. Es profundo y sentencioso, á menudo sofista cuando su posición política le obliga á defender ciertas tesis; ha brillado siempre por sus frases agudas, ingeniosas y temibles, las

cuales dispara como dardos certeros sobre las personas y doctrinas contrarias, sin descender jamás de la elevación y cultura de quien cuida mucho lo que dice, y cómo lo dice. Su estilo es severo, ático, lleno de vigor y de un exquisito gusto parlamentario. Cierra y redondea bien sus períodos, escuchados siempre con merecido interés. »

Sagasta.

« Estructura mediana, magro, hidiosincracia hepática y color bilioso; inteligencia clarísima, imaginación pronta, impetuoso, enérgico, de vivo arrebató, gran tribuno con arranques fáciles de exaltado liberalismo. *Poco disertó, y aun indiferente á las galas retóricas*; aprecia como nadie el espíritu de una Cámara, *la esencia de un debate*, y lo sintetiza *en un apóstrofe, en un pensamiento, en una exclamación* de ardiente patriota, con lo cual arrebató los corazones y provoca una tempestad de aplausos. *No estudia las frases, no se aprende de memoria los párrafos, no apunta á la alta elocuencia: habla con naturalidad, con improvisación, lo que le viene á la mente* y lo que oye en su derredor, *y logra, como nadie, refutar todo un artificio dialéctico, preparado con grande esmero por algún adversario difuso y petulante*, valiéndose de una frase feliz ó de un chascarrillo graciosamente narrado. Difícil es decir lo muchísimo que

la libertad de España debe á su palabra acerada, á su obra, primero demoledora, y creadora después, á su espíritu batallador, á su audacia, y aun á esa gramática parda que la crítica ha encarnado en otro *tic* especial, digno de ser contrapuesto al de su turnante en el Poder, Cánovas, antes citado; nos referimos al hecho de rascarse la barba, mientras con cara socarrona oye lo que se le dice y contempla á quien le combate. »

Castelar.

¿Era Castelar un verbo-motor?

Está probado que no sólo recurría á la preparación gráfica, sino que la aconsejaba. El Dr. Pulido dice expresamente á este respecto: « Castelar sostiene que los discursos mejores *son los que se llevan aprendidos de memoria y se recitan*; y por creerlo así ha recomendado siempre que tal hicieran, á los amigos que han buscado su auxilio, y seguido sus consejos, en ocasiones de gran compromiso. » Sin embargo, algunas páginas más adelante, el autor que citamos precisa así el método de Castelar: « Castelar no se ha sabido literalmente de memoria sus discursos: su esqueleto, la ordenación de sus párrafos, el encadenamiento de las ideas, y la riqueza de su expresión lo tenía aprendido, sí, pero en el acto de pronunciarlo,

excepción hecha de algún párrafo de efecto especial, todo lo sometía al fraseo de la improvisación, el cual, como suyo, resultaba muy hermoso y elocuente.

Pudiera citar muchos hechos que así lo probasen, pero bastará con uno. — En el famoso banquete de más de tres mil cubiertos con que le obsequiaron los posibilistas de Cataluña, el año 1888, pronunció un discurso de grande efecto político, y por esto *muy meditado. Lo escribió, como de costumbre, antes de pronunciarlo*, y las cuartillas auténticas fueron al diario *La Publicidad*, órgano del partido, para que publicase la más fiel expresión del glorioso jefe. Pero otros órganos de la Prensa local, no queriendo ser aventajados por el diario posibilista, enviaron al banquete sus taquígrafos, y publicaron en el día siguiente lo que tomaron al oído. De este modo el público se encontró sorprendido por dos discursos, que protestaban de ser exactos, y que, sin embargo, diferían en la locución: la misma arquitectura general, párrafos semejantes, ideas iguales, doctrina idéntica; pero el detalle de la cláusula era algo distinto.

La causa estaba en que el discurso de *La Publicidad* era el *escrito*, pensado y aprendido por el orador, y el de los demás periódicos era el *verdaderamente pronunciado*; la diferencia de forma que entre uno y otro había, denunciaba la cantidad

de libertad mental que se había tomado el gran tribuno (1)... »

Como se ve, aun cuando Castelar sometiera muchas partes de sus discursos al « fraseo de la improvisación », y por más que las diferencias de forma entre el discurso escrito y el pronunciado denunciaran una gran « cantidad de libertad mental » en el tribuno español, el hecho innegable es que su preparación oratoria era *esencialmente gráfica*. El secretario particular de Castelar, Don Ginés Alberola (2), dice: « Cada párrafo que Castelar escribía ó dictaba, corregíalo incontinenti, mas nunca para variar ideas, ni rectificar juicios, ni modificar conceptos, sino para pulirlo y limarlo con la delicadeza con que los grandes artistas pulen y liman sus obras monumentales. Huía de los asonantes y consonantes, de las cacofonías, de los relativos, de los hiatos, de todo cuanto pudiera quitarle ritmo y cadencia á su prosa... » ¿Qué otra cosa es esto sino *grafismo puro*, ciceroniano?

Conocemos un caso en que Castelar *improvisó realmente*: nos referimos á su primer discurso célebre, al que dijo en el Teatro Real, y que en un momento lo llevó á la gloria. Estaba muy ajeno de ser consagrado ese día como el primer tribuno español el jovencito elocuente apenas salido de las aulas.

(1) *Op. cit.*, páginas 124 y 128.

(2) GINÉS ALBEROLA, *Semblanza de Castelar*, página 148.

He aquí como refiere acto tan memorable el Sr. D. Miguel Morayta (1), amigo íntimo de Castelar :

« El 25 de septiembre de 1854, llegó Emilio Castelar á Madrid desde Ciempozuelos donde veraneaba, ya bastante entrada la mañana; encontró en la calle... á nuestro amigo D. Faustino Bamís, joven como nosotros y muy demócrata, quien le dijo que en las primeras horas de aquella tarde se celebraba en el Teatro Real una reunión electoral convocada por la *Juventud liberal*, entonces salida á la luz pública;... entramos en el Teatro Real, hallándose ya la reunión un tanto avanzada. — En medio de la agitación producida por el discurso de Fernández y González, Castelar, que sentado junto á mí ocupaba una butaca de la izquierda del espectador, hacia la fila 10 ó 12, gritó : « Pido la palabra. » — El timbre de voz de Castelar, mientras no desataba los raudales de su inimitable elocuencia, disonaba bastante, por resultar un tanto atiplado. Oír los concurrentes su *pido la palabra*, y salir de todas partes gritos semejando burlonamente la voz de Castelar, todo fué uno. — Yo, que tanto le quería y que le había oído hablar muchas veces en Academias escolares y sobre todo en la Capilla de S. Isidro, tenía seguridad de que la concurrencia le aplaudiría, pero molestado por aquella manera

(1) MORAYTA, *Juventud de Castelar*, Bouret, ed., páginas 56 á 59.

de burla, le incité con toda energía á que nos marcháramos. — Castelar no me hizo caso y aun no acallados el movimiento y murmullos, al preguntar el presidente : « ¿Quién ha pedido ahí la palabra? », como Castelar contestara, « Emilio Castelar », renováronse las manifestaciones desatentas... Castelar se puso en pie, y como no era posible oírle bien hablando desde su butaca, el público pidió que pasara al escenario. — Obedeció, y colocándose hacia el lado del palco regio, dirigiéndose con fiera arrogancia al público dijo : « ¿Queréis saber lo que es la democracia? » y como este interrogante se contestara convirtiéndose el bullicio en religioso silencio, añadió : « Pues os lo voy á decir. » — Extrañó á todos aquel exordio, quizá por contrastar tanta soberbia con la juventud de quien le decía; Castelar había cumplido pocos días antes los *veintidós años*; mas aun no había concluído su primer párrafo, cuando los concurrentes puestos en pie aplaudían con frenesí... Concluyó Castelar su oración; *se le pidió que continuara y siguió improvisando; llegó á un nuevo final y se repitió el mismo caso...* Los aplausos, los vivos, las aclamaciones no cesaron... »

Bellísimo triunfo es éste que revela todo el poder sugestivo de la palabra improvisada de Castelar. Era, pues, un *motor*; pero al propio tiempo tenía desarrollados sus centros visuales y gráficos de un modo extraordinario. No puede clasificarse exclu-

sivamente en ninguna de las categorías de *tipos* definidos por Charcot. Castelar es una excepción : en él se juntan dos tipos casi siempre antitéticos : es un *visual-motor*.

CAPÍTULO V

Presentaremos, por último, algunos tipos de oradores mexicanos.

Se encontrará una amplia galería de nuestros hombres de tribuna, desde predicadores hasta académicos, en el tomo V de las *Obras Completas* del muy erudito escritor D. Francisco Pimentel. Desgraciadamente, su erudición era simple erudición : no fué un crítico — en el sentido moderno de la palabra — porque careció de gusto literario. Sus juicios, aplicados á los *discursos impresos*, como *obras escritas*, son, por eso mismo, falsos. Nada nos dice, en cambio, de la *oratoria* de los oradores. (Y la *oratoria* es el procedimiento de preparación, la voz, el ademán, el efecto causado..., en una palabra, *el trabajo de tribuna*, no el de escritorio.) Con cuánta razón dice el Sr. Lic. D. Manuel Sánchez Mármol — éste sí es hombre